

Sobre el régimen político y estructura social de la U. R. S. S.*

I. *Un libro ejemplar sobre el Comunismo soviético.*—En la actual polémica acerca de los principios políticosociales, instituciones, estructura económica y social del comunismo, paralela a la tensión política internacional, se han esgrimido argumentos variadísimos que van desde la exposición objetiva y crítica de la ideología comunista, pasando por los factores que condicionan su proselitismo (1), hasta llegar a la fabulosa cantidad de tópicos periodísticos que el tema suscita. Conviene subrayar que en España se conoce poco moderno sobre la teoría marxista y sobre las estructuras políticosociales que consolidan la teoría. No tenemos estudios colectivos o individuales dedicados a la exposición y crítica de la organización de las democracias populares y son escasísimos los trabajos sobre la U. R. S. S. Ello contrasta con la oposición generalizada que la idea y el nombre por doquier suscitan, lo cual es error peligroso, pues la estimación adversa emocional puede trocarse en simpatía curiosa o, lo que es peor, admiración sin paliativos. Si la tremenda realidad soviética y la dolorosa soviétización de varios países cristianos, después de la segunda guerra mundial, necesitan profunda meditación, es menester también el conocimiento serio, documentado y lo más rigurosamente exacto posible de esas realidades. Las instituciones del Estado deben—en plazo perentorio—preocuparse en aportar los medios imprescindibles para agrupar una serie de especialistas (traductores, economistas, sociólogos, juristas, etcétera) que se afanen en desentrañar el fenómeno comunista en la práctica, es decir, se preocupen de esclarecer paulatinamente los aspectos fundamentales que constituyen la configuración económica, social, política y jurídica de los países dominados por el comunismo. Esta tarea debe, sin duda alguna, comenzar por la consideración de la U. R. S. S.

Es menester recoger la documentación fidedigna, imprescindible en torno a este país, disponer de las obras fundamentales soviéticas sobre el mismo, traducir algunos libros capitales publicados en otros idiomas,

* W. W. KULSKI: *The soviet Regime. Communism in Practice.* Syracuse University Press". 1954. 807 páginas.

(1) Cfr. mi nota *La sugestión comunista.* En "Arbor", n.º 120. Pág. 546 y ss.

que eviten la tergiversación—positiva o negativa—de los hechos, y así nuestro anticomunismo no será tan sólo actitud emocional, perecedera, sino postura reflexiva. Al menos tal debe ser la de la minoría intelectual. Creemos impropio alimentar el anticomunismo a base de unos cuantos relatos sensacionales que apuntan algunas realidades comunistas, ya que las ideologías no se combaten exclusivamente con literatura y, realmente, resultaría mediocre ofrecer al mundo nuestra contribución intelectual sobre el comunismo a base de esos escritos. Incluso las instituciones privadas, que cuentan con suficientes medios, están obligadas en cierta medida a la empresa de conocer, para recusar, esas realidades.

En este sentido la Universidad de Syracuse (EE. UU.) ha publicado varios libros sobre la U. R. S. S. y los países satélites. Entre ellos sobresale, por su importancia, el espléndido estudio realizado por W. W. Kulski sobre el régimen soviético.

Produce admiración que un solo hombre haya podido realizar obra tan valiosa por la abundantísima recopilación de datos, todos ellos bebidos en fuentes soviéticas de fechas recientes, por la inteligente sistematización de los mismos y la aguda crítica. Esta obra, tan pacientemente elaborada, supone años de investigación y estudio, de manera que a nuestro juicio parece uno de los trabajos más concienzudos e interesantes que sobre la estructura política y social de la U. R. S. S. se han escrito en estos últimos años. Sólo contando con un centro informativo de tal volumen como la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, sin que por ello haya que restar un ápice al estimable trabajo realizado por el autor, se explica tan notable resultado.

II. *La soledad cultural del hombre soviético.*—El «Régimen soviético. Comunismo en la práctica», está dividido en cinco partes, tituladas: I, Aislamiento cultural y conformidad del hombre educado; II, El ciudadano y el Estado; III, El trabajador y la estratificación social; IV, El campesino y la colectivización agrícola; V, Las políticas del liderazgo colectivo.

Como se ve—aunque el título no lo mencione—el régimen político y la estructura social aparecen debidamente conexiones, como es de rigor en cualquier estudio sobre la realidad de un país, máxime de la U. R. S. S., que es uno de los arquetipos de planeación políticosocial más ambiciosos que se conocen. Claro está que la denominación *régimen* señala esos aspectos en la medida que todo régimen político implica unos principios políticos o fórmula política, que operan señoreando, ajustándose o plegándose a una estructura social, y ello prodúcese a través de una normatividad jurídica. No se trata, por tanto, de un estudio de la maquinaria institucional soviética, ni del análisis de su legalidad constitucional y ordinaria, tampoco de la estructura económica de dicho país. Es esto: estudio del régimen soviético; como dice el autor, del comunismo en la práctica en la U. R. S. S., es decir, de la consideración del régimen político y de la estructura social soviética si queremos con la amplificación precisar más.

¿Cómo viven—se pregunta Kulski—tantos millones de seres bajo el imperio de unos pocos? El autor analiza los diversos aspectos del régimen soviético desde el punto de vista de la felicidad del ciudadano soviético. Ahora bien, esta pregunta sólo puede encontrar respuesta

satisfactoria para los que no conocemos de *visu* tal régimen, escrutando las fuentes de información fidedignas. Las del autor, son: discursos, escritos de los dirigentes soviéticos, legislación soviética (constitucional y ordinaria), decretos, edictos, circulares, etcétera, tratados y manuales soviéticos, artículos de revistas, editoriales de los principales diarios de la U. R. S. S., informes de las autoridades en los Congresos del Partido, deliberaciones del Soviet Supremo.

No existe concesión alguna a los relatos sensacionalistas, escasean las referencias indirectas. Aquella respuesta se encuentra en cierta medida leyendo este libro, reconstruyendo, a lo largo de sus páginas, las estructuras y el medio social en que se desenvuelve el hombre soviético, sea obrero o campesino, militar o burócrata, miembro de la *intelligentsia*, o de la juventud comunista, ocupando un status social elevado o inferior en la estratificación social soviética. Es, pues, un análisis objetivo, porque el autor cede la palabra a la misma realidad, que habla por medio de los dirigentes, de las jerarquías del partido, de los órganos de la prensa, de la legislación. Por eso, el método empleado es sumamente difícil de recusación desde posiciones comunistas, pues ello implicaría el gravamen de la contradicción.

Algunos de los tópicos que sobre el régimen de la U. R. S. S. se repiten encuentran aquí comprobación objetiva, es decir, se verifican completamente en todos sus aspectos y dimensiones, otros no hallan cabida; el resto se percibe sin mixtificaciones. Son siempre los hechos quienes hablan.

El aislamiento del mundo occidental a que se somete el hombre soviético es completo. Esta finalidad táctica se ha conseguido empleando numerosos medios: deformación histórica, campañas de odio, empleo de modelos y tópicos del siglo pasado contra los del siglo actual utilizados por los occidentales, desprecio de la cultura occidental capitalista en todas sus manifestaciones, acentuación de las exigencias de la línea del partido en todos los sectores de la cultura (biología, música, literatura, arquitectura). No cabe, pues, un margen de libertad o no conformismo con la línea del partido, por ejemplo en las ciencias de la Naturaleza, porque ello implicaría el riesgo de que se extendiese tal margen a otros territorios. El conformismo es universal, éste implica la vuelta a los valores intelectuales del siglo XIX, en los que también participó Rusia; de esta suerte la revolucionaria U. R. S. S. adopta una postura conservadora al exaltar los valores décimonónicos: «Ataca a la civilización occidental de nuestro siglo invocando los tipos del XIX, olvidándose que entonces fué mucho más capitalista que ahora» (página 22). Ahora bien, el aislamiento cultural exigido y practicado en la U. R. S. S. tiene su precio: ¿es posible petrificar una cultura en el molde del siglo pasado esperando un desarrollo posterior? (pág. 67).

Este rígido aislamiento se empareja con la exaltación del nacionalismo ruso, fenómeno típico de finales del siglo pasado y en contradicción con el internacionalismo que, en el exterior, pregona el partido. Si no fuera por el alcance político interno que entraña se consideraría pueril la sistemática demostración de las prioridades soviéticas en los descubrimientos científicos. Claro está que si tal primacía científica es indiscutible, ¿cómo es posible que Rusia no se anticipase en la industrialización a Inglaterra y Alemania? Esta cuestión—escribe Kulski—

debe plantearse sin subestimar las aportaciones de Lobachevsky, Men-deleyev, Mechnikov y Pavlov (pág. 76).

La preocupación del Partido porque el despliegue científico se acom-pase a los postulados políticos del marxismo-leninismo se acusa, igual-mente, en el campo lingüístico. El mismo Stalin desarrolló sus ideas sobre esta materia en un artículo titulado «Sobre el marxismo en la lingüística» (1949), donde criticó la teoría del filólogo N. Ya. Marr y puntualizó las relaciones entre el marxismo y la ciencia del lenguaje.

Si el aislamiento cultural determina la adscripción a contenidos décimonónicos que se esgrimen contra los del siglo actual mantenidos por Occidente, el nacionalismo soviético lleva, paralelamente, a la glorificación de personajes rusos prerrevolucionarios (Kutuzov, Suvorov, en 1950 se conmemoró al almirante zarista Makarov). Ello se presta a curiosas observaciones: no es lícito que un comunista extranjero exalte a héroes nacionales propios; está bien, en cambio, que la U. R. S. S. cuente con personajes gloriosos prerrevolucionarios. Está clarísimo el móvil nacionalista que sirve de aglutinante a los diversos pueblos que componen la U. R. S. S., al tiempo que dignifican a la patria socialista. Por la misma razón el ingrediente ruso alcanza el más alto nivel com-parado con los otros pueblos (ucranianos, georgianos, turkmenos, etcéte-ra). Existen en estos pueblos rasgos culturales, vinculaciones religiosas y prácticas que son una rémora para el progresismo marxista. Esto pro-vo-ca situaciones que pugnan con los preceptos constitucionales que establecen la igualdad entre las diversas nacionalidades e incluso el derecho de sucesión. Naturalmente, tales normas deben interpretarse desde los supuestos y móviles establecidos por el Partido, único modo de entender la realidad política soviética.

III. *La exigencia de la autocrítica.*—La situación hasta ahora des-crita descubre la existencia de una comunidad compuesta de conformis-tas, y entre éstos sobresalen los intelectuales, cuyo conformismo resulta verdaderamente sorprendente, siempre atento a las modificaciones tácticas de la línea del partido.

Los efectos del conformismo sobre los intelectuales son varios. En primer lugar, la preocupación por ajustarse al partidismo. Esta preocu-ación produce libros y escritos compuestos a base de infinidad de textos y citas de autoridades bolcheviques indiscutibles, lo cual si resta origi-nalidad al menos tiene la garantía de no incurrir en la excomunión por el Partido (Cfr. pág. 129, nota 132); luego el peligro de verse censurado, criticado, depuesto o perseguido, en los casos extremos. Por último, conviene apuntar que en la mayor parte de los casos los intelectuales asumen con la autocrítica sus culpas, las confiesan retractándose públi-camente para conservar el prestigio y los honores.

En una comunidad integrada de *yes-mens* esto no parece tener impor-tancia en la medida que el reconocimiento de los propios yerros se com-pensa con la conservación de la posición social adquirida y de sus ventajas materiales, cuando no se busca la propia seguridad personal.

Hay, sin embargo, otra consecuencia mucho más importante que revela el significado degradante del comunismo soviético: las censuras favore-cen al Partido en la medida que rompen la solidaridad de los intelec-tuales. Si un intelectual está sometido a cualquier denuncia, sus colegas

ya se preocuparán de probar su inocencia, cubriéndole de censuras y críticas, con la esperanza, a veces, de ocupar su puesto (pág. 116).

La disciplina férrea exigida por el Partido a todos sus miembros, e incluso a todos los súbditos soviéticos, encuentra, como se ha visto, firme pedestal en el principio de *autocrítica*.

Esta especie de confesión laica, de arrepentimiento político, significa estas tres cosas: 1), afianzamiento de la homogeneidad comunista en la medida que no se tolera la mínima desviación de la línea política establecida por el Partido; 2), es una catarsis a la vez individual y colectiva, porque el individuo se purifica acusándose, pero al mismo tiempo lava a la comunidad de la mancha política que le podía haber irrogado; 3), fortalece la autoridad omnimoda del Partido, que es quien establece la purga de los principios, vigila el peligro de desviación y juzga a los culpables.

Se ha escrito mucho sobre la secularización de contenidos religiosos operada por el comunismo, del mesianismo bolchevique, de la adopción por el Partido de formas y actitudes típicas de ciertas congregaciones religiosas. Evidentemente se ha especulado a veces con frivolidad sobre tales aspectos, y por eso las analogías brillantes en este campo deben contrastarse con prudencia para no confundir equivocadamente los términos. Ahora bien, si la autocrítica denuncia la existencia de «pecadores», la vigencia de una «purga» de principios y normas de conducta comunistas y la vigilancia inexorable ejercida por el Comité Central del Partido comunista ruso es irresistible la comparación con los postulados y criterios de juicio religiosos.

¿Qué es la autocrítica? No se trata, en modo alguno, de libertad de expresión. No consiste en criticar la línea del Partido. Se trata solamente de la crítica de los miembros subalternos del mismo. Sin embargo, esto implica riesgos indudables, porque nadie sabe si el criticado goza de apoyos superiores o puede en el futuro ascender en su carrera política. La autocrítica es un importante freno del aparato burocrático; limita el apetito del Poder; este poderoso medio de ascetismo político mitiga y corrige las veleidades que amenazan a los miembros de la burocracia soviética. Todos temen una crítica aparecida en «Pravda» o en cualquier otro periódico del Partido. En este caso el reconocimiento de los yerros propios exculpa al individuo, denuncia la situación peligrosa o el abuso y pone a salvo el poder comunista. En la comunidad de *yes-men* la autoanulación se consigue por la autocrítica. Jamás se inventó método más degradante para conseguir el conformismo pleno. La autocrítica parece, pues, un ascetismo al revés porque no se basa en la mortificación de los apetitos y pasiones en virtud de unos principios espirituales superiores que enaltecen a la persona, sino que está montada en el sometimiento a lo que afirman, en cada momento, los hombres del Comité Central, que mantienen una doctrina materialista que está en pugna con el despliegue y perfeccionamiento de la persona humana.

La autocrítica comunista quiere elevar—según STALIN—el nivel cultural de la clase trabajadora, desarrollar su espíritu militante, fortificar su fe en la victoria y ayudarle a convertirse en verdadero señor del país. Como se ve, todos estos objetivos convienen perfectamente a la consolidación del Partido comunista.

El Partido exige a todos sus miembros una conducta moral elevada, los súbditos soviéticos deben comportarse, además, dignamente; las penas y sanciones establecidas para las diversas clases de delitos, faltas y actos antisociales son generalmente severas. Kulski llega a hablar de un puritanismo soviético que compara con el puritanismo victoriano (pág. 322).

IV. *El hombre, la organización política y la estratificación social.* Las páginas de este libro dedicadas al estudio de la organización política soviética describen aspectos y cuestiones ya más conocidas por nosotros, con la diferencia que el autor amplifica la perspectiva y aporta nuevos datos correspondientes a los últimos desarrollos del régimen. Se corrobora, minuciosamente, el control por el Partido de la organización política, se estudia la estructura y composición del mismo Partido y por último se pasa revista a las «libertades» del ciudadano soviético reconocidas por la Constitución y condicionadas a la peculiar realidad comunista. Antes, el autor ha trazado una descripción muy interesante de las funciones y organización de los procuradores de la U. R. S. S. (págs. 211 y ss.) Estas consideraciones interesan porque arrojan una pálida luz de respeto a la legalidad que redundará, en cierta medida, en beneficio del ciudadano soviético.

El destino de las libertades tradicionales en el marco de la Unión Soviética es aleccionador. Las «libertades» soviéticas están a medio camino de la coerción y el confinamiento, sometidas también al capricho del Partido, amenazadas por el empleo de la analogía en el campo penal que arruina, por completo, la imagen del Estado de Derecho.

Para quienes la U. R. S. S. continúa siendo el paraíso de los trabajadores es imprescindible la lectura de la tercera parte de este libro: «El trabajador y la estratificación social». Allí aprenderán, entre otras cosas, la disciplina férrea, el carácter penal del derecho de Trabajo soviético, la adscripción indefinida del trabajador a su tarea convirtiéndolo en siervo moderno (págs. 350 y ss.), el trasiego forzoso de grupos numerosos de trabajadores de unas zonas a otras muy distintas, según el artículo 37 del Código de Legislación del Trabajo (págs. 365 y ss.)

Como la U. R. S. S. constituye el primero y más significativo ensayo de planificación social de acuerdo con unos principios ideológicos indiscutibles, es sumamente interesante considerar los resultados del establecimiento del socialismo en su programa de desaparición de las clases, menos la de los trabajadores y campesinos, en el tránsito a la sociedad comunista.

Kulski nos enseña las características de la estratificación social soviética surgida paulatinamente de la aplicación de aquellos principios. No debe sorprendernos que se produzca ese efecto, dada la diferenciación en la cantidad que perciben como salarios y sueldos los obreros, campesinos, militares, burócratas e intelectuales y la desigualdad en la educación, puesto que a los hijos de los trabajadores no calificados, o que no perciben jornales elevados, les está prácticamente vedado costearse los estudios superiores y el desplazamiento a los Centros de enseñanza; añádase que los campesinos son realmente siervos de la gleba, pues el absentismo está legalmente prohibido a no ser con autorización superior, o merced al traslado forzoso de las zonas superpobla-

das a otros territorios que han de colonizarse. Hay también, como es natural, diferenciaciones clasistas de usos, modelos de conducta, ape-
tencias, condicionadas por el nivel social que se ocupa y fomentadas por el Estado con el desigual trato otorgado a los altos funcionarios del Partido, a los jefes militares, a los ingenieros, etcétera.

En la U. R. S. S. han reaparecido—con otro signo político—nuevas clases sociales sobre las ruinas de la estratificación social prerrevolucionaria. Naturalmente, esto es sobradamente conocido, el mismo Partido condena al «igualitarismo putrefacto», lo que sucede es que se ha legitimado ideológicamente la situación en el cuadro de una economía controlada por el Estado y dentro de los confines de la propiedad socialista patrimonio de todo el pueblo, propiedad cooperativa o de los kolkozos y de una mínima propiedad privada. Sin embargo, esta realidad es suficientemente elocuente para desalentar a quienes consideran a este país como la patria de la igualdad, Meca de los trabajadores de todo el mundo.

Mucho más triste es la situación de los campesinos, víctimas del colectivismo agrícola, convertidos en servidores del Estado en las granjas colectivas, donde encuentran minuciosamente regulado su trabajo, condicionado exclusivamente a la mayor producción posible. Estos trabajadores carecen de seguros sociales, no pueden cambiar de condición, de manera que, como ya se dijo, son auténticos *glebae adscripti*.

Desde el comienzo de la revolución la política social bolchevique fué hostil a los campesinos, incluso hasta hoy ha persistido la desconfianza respecto a los hombres del campo. El Partido ha visto en ellos enemigos potenciales, su fisonomía moral y social encajaba mal con los postulados del Partido comunista, incluso la meta de la industrialización del país y las exigencias teóricas del marxismo se compaginaban peor con estas gentes. Todo el mundo sabe las grandes preocupaciones que la regulación de la agricultura y la ordenación social del campo han suscitado en el Partido, así como las crisis diversas—la última llega a nuestros días—de este importante sector.

V. *¿El porvenir del régimen soviético?*—La última parte del libro: *La Era post-staliniana* afronta las políticas del liderazgo colectivo y los últimos desarrollos en 1954. Se trata, más bien, de una buena información, donde se recogen los datos más relevantes hasta esa fecha. Prescindiendo de los aspectos políticos y económicos, resalta por su interés el XII Congreso de la Juventud Comunista celebrado a mediados de marzo de 1954. Parece ser que entre los problemas que más preocupan a las autoridades comunistas han sido, por un lado, la inmoralidad e incivismo social en que han incurrido algunos sectores de la juventud soviética, mientras, en contrapartida, se denunció el renacimiento del sentimiento religioso y el fracaso de la propaganda atea y antirreligiosa (págs. 66 y ss. y antes pág. 325).

¿Se trata de modos antagónicos de escapar al conformismo social, a la homogeneidad social de la U. R. S. S.? ¿Estamos ante una parcial pero prometedora—en el segundo caso—protesta de los jóvenes? Es muy difícil conjeturar sobre un país tan complejo y acerca de un hecho tan importante.

De todas formas, a este libro de Kulski deben acudir los que deseen

saber algo concreto y objetivo sobre el régimen soviético, pues, como dice su autor, está escrito no sólo para quienes acuden a Moscú en emocionada peregrinación, sino también para los que están amargados con ciertas experiencias políticas occidentales, para los trabajadores de todo el mundo que aspiran a una justicia social, para quienes no han encontrado todavía un reajuste e integración social adecuada y sueñan con el paraíso soviético, pero sobre todo sirve a todos aquellos que, aun rechazando el comunismo, tienen un conocimiento muy fragmentario e inexacto del mismo.

PABLO LUCAS VERDU

CARBOMETAL, S.A.

SUCESORES DE ASTORECA, AZQUETA Y CIA.



**CARBONES
METALES
GABARRAJES
TRANSPORTES**

Ledesma, núm. 14

BILBAO

Teléfono 10053